

EL
HOMBRE
SIN
ROSTRO
LUIS MANUEL RUIZ

JML
Libros y Literatura

Primera edición.

El hombre sin rostro.

© 2022, Luis Manuel Ruiz.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Laura Mas.

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-947518-7-5

Depósito Legal: A 132- 2022

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

Para Fabián, que tiene mucho que decir

CAPÍTULO I



En mitad de la noche, el único sonido que recorría las galerías del Museo de Historia Natural eran los pasos de un hombre que huía. Para no extraviarse en la inmensidad de las salas, el hombre debía detenerse boqueando, aproximarse a la pared con el fin de encontrar la rodela que abría el gas, aplicar la cerilla y aguardar un poco hasta que la oscuridad volvía a convertirse en vitrinas, aparatos y láminas. Durante ese breve lapso, miraba aterrorizado a todas partes, esperando encontrar la amenaza que le perseguía detrás de las puertas, oculta tras un pedestal o los pliegues de las paredes; el corazón le latía ansioso en el centro del pecho al tiempo que aguardaba a que el brillo de la lámpara iluminase del todo los rincones, y luego, dando tropiezos, con la frente cubierta de sudor, escapaba hacia la estancia contigua.

Ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba así, pero debía de acercarse a la eternidad. En vez de voz, un jadeo agónico le brotaba del fondo de los pulmones; en vez de músculos, sus piernas parecían contener arena y corcho: no sabía cuánto más podría aguantar. Pero jamás detenerse, no, eso jamás. Cuando la sangre

que recorría penosamente sus arterias le aconsejaba la rendición, le bastaba con oír el eco amortiguado en el fondo de los corredores para que el viejo pánico regresara de nuevo y le obligara a proseguir la fuga. Él, una de las mayores mentes de la nación, miembro de la Real Academia de Ciencias, condecorado por el mismísimo rey Alfonso, obligado ahora a correr como un cervatillo acosado por las galerías del Museo de Historia Natural de Madrid: a veces el destino resulta insoportablemente chistoso.

Había dejado ya atrás la sala de los minerales, con sus geodas, cristales de colores y fantasías geométricas; había pasado a la sala de astronomía, donde reposaba aquel enorme meteorito de color gris que tantas veces él, junto a su subalterno en la dirección del museo, Fernán Ferrero, se había detenido a contemplar; había atravesado, sin mirar a su alrededor, casi sin tiempo de prender la maldita luz de gas que tanto se resistía a veces, la sección de botánica con todas sus hojas pardas atesoradas en celdas de cristal; en la estancia de los fetos, procuró no mirar los bOCALES donde flotaban aquellos cuerpos reblandecidos, muertos antes de nacer, en que se confundían animales y hombres; y para no alimentar pesadillas futuras, prefirió también hacer caso omiso de la figura de cera que recibía al visitante en mitad de la sala de anatomía, con todos sus órganos derramados sobre la mesa. No era especialmente creyente, pero aquella noche invocó a Dios y a todos los santos, para que alguno de ellos le sugiriese una salida: tantos años deambulando por aquel recinto gigantesco, deteniéndose en sus esquinas y recodos, y ahora no sabía por dónde podía regresar al exterior.

Por un momento, el corazón pareció gritarle una advertencia y tuvo que detenerse para calmar el súbito dolor del pecho, sostenerse contra el muro, resoplar. Durante unos segundos abrigó la esperanza ilusoria de que todo hubiese concluido, de que se tratara de una pesadilla macabra que estaba a punto de deshacerse si

apretaba con fuerza los párpados: tal vez después de abrir los ojos se encontrara echando la siesta en el cómodo sofá de damasco de su salita, junto a la mesilla en que la señorita Lupiáñez, su ama de llaves, le había dejado la copa de ponche caliente. Pero no: bastaba con percibir aquel goteo en las profundidades del edificio, aquel resonar siniestro que le avisaba de que no estaba solo en el museo, aunque el horario de visitas había prescrito mucho tiempo antes. Y cada paso llevaba un ultimátum: si quería seguir viviendo, tenía que correr, escapar, forzar los músculos a pesar del cansancio insoportable que se acumulaba en sus rodillas.

Detrás de una sucesión de salas idénticas, todas rectangulares y con los ventanales tapizados por la noche, se encontró con un amplio rellano desde el que se elevaba una escalinata de dos cuerpos. Sin pensarlo dos veces, emprendió el ascenso, sintió la frialdad del pasamanos de mármol bajo sus dedos, rezó para que la suerte le aguardase en el piso superior. Ahora que lo pensaba, Justino, el bedel, ese maldito gandul, debía de estar todavía recorriendo la sección de zoología en su perezosa ronda de vigilancia de cada noche. Teniendo en cuenta que invertía más de cinco horas en revisar los tres pisos del recinto, y que a veces se concedía un respiro para reponer fuerzas sobre uno de los sillones de cuero o darle un trago a su petaca de aguardiente, era muy posible que todavía vagase por allí. Por increíble que pareciera, aquel atontado de Justino y sus mejillas contaminadas de viruelas se le antojaban de pronto una visión mucho más apetecible que el paraíso: significaban su única posibilidad de salvación.

Los jaguares disecados le contemplaron con miradas amarillentas cuando encendió las lámparas de la sección de los felinos. Era la misma mirada ausente, torva, misteriosa, que le dedicaron los zorros, las comadreas y los pelícanos. A la altura del costillar de la ballena se detuvo, con la estéril ilusión de haber dejado atrás el

rumor que le hostigaba. Le bastó con serenarse un poco y acallar los bufidos de la respiración para comprobar con horror que seguía allí, a sus espaldas, violando el silencio sobrenatural del museo en la noche.

En la estancia donde se conservaban los cráneos de los antropoides alineados sobre estantes, uno de sus tobillos le traicionó y se negó a proseguir la huida. La caída fue casi simultánea al dolor repentino en el cuello del pie, la sensación de que la gravedad era una ley inexorable, de que su cuerpo se había convertido en un edificio ruinoso que acababan de demoler. Se arrastró por el parqué buscando un asidero para volver a incorporarse, maldijo, resolló, reprimió los aullidos que luchaban por escaparle desde el fondo de los pulmones. Pudo volver a desplazarse después de comprobar que su pierna estaba rematada ahora por una hinchazón violeta y blanda, y que caminar supone un ejercicio mucho más costoso de lo que creemos a menudo. Sin embargo, no todo estaba perdido: a pesar de que su organismo, ese compañero infiel de sesenta años de andadura, se negaba ahora a compartir con él los momentos de angustia, otro rumor, distinto del primero, más espaciado, desgano, tenue, le llegaba ahora de las salas que estaban frente a él. Sí, Justino, era él; solo a él podía corresponder ese ritmo desacompasado y torpe, esa forma de caminar como la de quien va pegando patadas a los guijarros. Justino, lo tenía delante, no había más que realizar un último esfuerzo, atravesar la sección de paleontología y estaría a salvo.

A medida que hacía girar la rodela del gas y rascaba el fósforo contra la caja, iba captándolo más claramente: volvía, el hombre de los pasos apáticos regresaba después de su paseo de cada noche. Y detrás, el rumor aumentaba, el otro se aproximaba también, la muerte en forma de dos suelas claveteadas que chocaban con la soledad de piedra iba avanzando a través de los corredores. Se arrastró

como pudo hasta el centro de la sala, allí donde el esqueleto del diplodocus le servía de sombrilla, y se detuvo finalmente, incapaz de convencer a su pierna lesionada de que la salvación estaba apenas a la distancia de una pedrada. Justino estaba a punto de llegar, su silueta de campesino rechoncho se materializaría de un momento a otro en el vano de la puerta, pero no sabía si tendría suficiente tiempo.

No, no lo tenía. Lo supo en el mismo instante en que un chasquido le hizo girar la cabeza para contemplar la figura de su ejecutor, aquel diablo invisible que había estado persiguiéndole toda la noche a través de los pasillos y las habitaciones, convertido en dos zapatos que mantenían una conversación interminable con las sombras. Hubo un instante en que se le ocurrió suplicar perdón, o negociar su rendición, pero el pánico que le desbordó al descubrir el rostro del asesino le impidió articular una sola palabra. Desoyendo el dolor que le taladraba el tobillo, se puso bruscamente en pie e intentó dar un paso. Fue un segundo antes de que el esqueleto del pterodáctilo, que hasta aquel momento pendía de la bóveda, se derrumbara pesadamente sobre él.

CAPÍTULO 2



Lo único que quedaba de don Ernesto Silva, director del Museo de Historia Natural de Madrid, miembro de la Real Academia Española de Ciencias, era un bulto informe malamente tapado por una manta de color gris, de la que sobresalía un zapato. Debía de haber calzado más o menos un treinta y nueve, calculó Elías Arce, así que seguramente no se trataba de un hombre de estatura muy elevada. A aquel pie se reducía todo lo que el trasiego de autoridades y enfermeros permitía entrever del cadáver. Hombres de batas blancas conversaban a un lado, con la camilla en el suelo, mientras vigilaban con desconfianza el cráneo del diplodocus que se elevaba sobre ellos; dos o tres policías de uniforme se desplazaban por la sala, tratando de intimidar a los periodistas con miradas de irritación; los empleados del juzgado se aburrían pacíficamente detrás del estrado que acababa de ser improvisado en mitad del parqué para atender a la prensa, y al que en aquellos momentos estaba a punto de subir un individuo muy bien vestido, con chaqueta de terciopelo y un bigote en forma de manillar que había esculpido a base de untar con pomada. De pie frente al cadáver, Elías Arce reconoció al comisario Noreña, con su sombrero hongo, su dilatada barriga y el abrigo gris de pelo de camello.

—Señores de la pr-pr-prensa, tengan la amabilidad de dedi-

car-car-carme un momento —entonó el hombre de la chaqueta de terciopelo.

Ninguno de los periodistas conocía a aquel individuo ni sabía qué hacía allí. Las tareas de dirección del museo correspondían ahora al secretario, Fernán Ferrero, quien tendría que hacerse cargo de la gestión de las instalaciones hasta que la Real Academia hallase un sustituto apropiado para el difunto señor Silva. Lo más natural habría sido que Ferrero se hubiera encargado de atender a la prensa y de suministrarle los detalles del macabro suceso, puesto que él oficiaba ahora de cabeza visible de tan venerable institución. Pero desde hacía unos meses circulaban rumores en ciertos ámbitos de que el director no se llevaba bien con su segundo, de que no aprobaba el modo chapucero que tenía de realizar ciertas gestiones y que pensaba proponer al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes su reemplazo por otra persona más capaz. En su lugar habían colocado a aquel maniquí de sastre, con su bigote convertido en un virtuosismo de la cosmética, al que las erres se le atascaban en la lengua como si tuviera la boca llena de bechamel. Y los periodistas sudaban terriblemente sobre los cuadernos de notas para extraer frases coherentes de su balbuceo. Parecía un automóvil que se niega a arrancar el motor, al que hay que darle vueltas con la manivela hasta desinflarse los brazos.

—En realidad, a quien competería ofr-fr-frecer esta información a los medios sería al señor Fernán Fer-Fer-Ferrero, que des-gr-graciadamente no se encuentr-tr-tra en estos momentos...

Veintiséis minutos y cuarenta y tres segundos, según el reloj de bolsillo de Elías Arce, invirtió aquel pobre tipo en informarles someramente de que el señor Ferrero no se encontraba en Madrid porque formaba parte de una expedición que había partido a la Patagonia, tres meses hacía ya, para estudiar las costumbres sexuales de un crustáceo. El cocotar, que así se llamaba la criatura, era un

fenómeno de la biología que solo atravesaba época de celo una vez cada nueve años, y que necesitaba para consumir su apareamiento tres horas, las mismas que le serían precisas al tipo del bigote para pedir su menú en un restaurante. De todos modos, la presencia del señor Ferrero no era imprescindible al objeto de informar a los señores periodistas de lo sucedido, puesto que los detalles saltaban a la vista del observador menos perspicaz.

—Así que dejemos en su barco al señor Fer-Fer-Ferrero...

—Diga «el señor secretario», si le es lo mismo —imploró un reportero.

—Bueno —respondió el hombre del bigote, elevando las cejas—. Pues dejemos en su barco al señor secr-cr-cretario...

Dejando al secretario en su barco, con su crustáceo anacoreta, y volviendo al desdichado señor Silva, en realidad su muerte se había debido a un lamentable accidente: así, tal como la oyó, copió Elías Arce aplicadamente la información en su libreta. El director del museo revisaba las salas durante la noche para comprobar que cada pieza se encontrase colocada de manera correcta y que las vitrinas estuvieran limpias, cuando, a causa de un fallo en la sujeción al techo, el esqueleto del pterodáctilo cedió y cayó sobre él, estrujándole el cráneo. Al menos les quedaba el consuelo de saber que no sufrió, porque, según había testificado el forense, la muerte había sido automática. Por desgracia, cabos traicioneros y maromas desleales son algo común en los barcos, que demasiado a menudo se cobran la vida de los incautos.

Elías Arce pensó que existía un puñado de diferencias razonables entre un barco y un museo de historia natural, pero siguió registrando las palabras del hombre de terciopelo en el papel sin hacer caso a sus objeciones personales. Sin embargo, existían otros más quisquillosos. Pedro Sábana, aquel listillo del *Heraldo de la mañana* que hacía perder los nervios al comisario Noreña con sus

deducciones insólitas, alzó la mano con el lápiz.

—Usted asegura que tan solo se trata de un desgraciado accidente —prorrumpió—. Y, no obstante, el bedel, señor Justino Márquez, ha atestiguado que vio un asesino.

Un asesino, eso es, nada del rutinario imprevisto que tan poco lucía en los titulares: era la golosina que atraía el olfato de todos los periodistas, y en cuanto Sábana hubo pronunciado la palabra, una decena de manos la trazó frenéticamente sobre los cuadernos de notas. Pero el hombre de la chaqueta de terciopelo, alarmado, no quería dar pábulo a semejante versión, sin preocuparse de su superioridad estética sobre la que él ofrecía.

—No, por favor, señores —gritó—, me temo que el testimonio del señor Márquez no es cor-r-rr-recto. Además, él mismo se ha retr-tr-tractado de lo que afirmó y en estos momentos se encuen-tr-tr-tra disfr-fr-frutando de un perm-m-miso...

En síntesis: Márquez estaba disfrutando de un permiso especial a causa de una indisposición. La hipótesis del crimen debía ser desestimada sin más remedio; pero a pesar de ello ninguno de los periodistas tachó la palabra que un momento antes había adornado con signos de exclamación sus aburridas libretas.

Haciendo cálculos, Elías Arce trataba de encontrar un modo de aclarar todo aquel asunto para lograr sonsacarle un artículo vistoso, original, y que le granjease un ascenso en aquel remoto periódico en que llevaba contratado desde hacía un par de años, cuando le sobrecogió el silencio de la sala. Sus compañeros de la prensa, habitualmente tan poco respetuosos con los tímpanos ajenos, permanecían ahora perfectamente mudos, con la mirada fija en la zona de la pared que quedaba detrás del estrado y el hombre del manillar en el bigote. Escoltados por una pareja de policías, tres personajes habían hecho aparición en la sección de paleontología. La figura central, la que parecía más venerable, era un anciano

que cargaba con una joroba que debía de pesarle mucho, y para trasladarla se ayudaba de un bastón de ébano; un bigote prusiano, del color de las alas de las palomas, le atravesaba de oreja a oreja el rostro, en el que brillaban las pupilas azules. La segunda figura correspondía a un ser enjuto y tétrico, abotonado hasta el cuello con una levita negra, que ofrecía al anciano dos manos como rastillos para que se sostuviera. Y la tercera, ah, la tercera, Elías Arce tuvo que colocarse de puntillas para contemplar mejor la tercera figura y recoger meticulosamente en su memoria el vuelo de su falda y el cabello negro y corto que le decoraba la cabeza por debajo del sombrero. A partir de entonces le resultaría difícil describir con exactitud qué oscura amalgama de sentimientos y emociones había desatado la cara de aquella desconocida en su corazón: de pronto su circulación se hizo más apresurada en las venas, sintió que la saliva se le volvía un jarabe espeso y amargo, y creyó oír una lejana melodía fuera, tras las paredes, más allá del museo, de Madrid, de la península ibérica. En fin, quedó cautivado, y con el pulso del brazo convertido en un sonajero se dedicó a empujar al compañero que tenía más cerca para preguntarle, siempre mostrando la debida distancia profesional, quién era aquella chica, es decir, quiénes eran aquellas tres personas. Venían a reconocer el cadáver, eso resultaba obvio: el comisario Noreña saludó a la joven llevándose los dedos al ala del sombrero, tendió la mano al anciano y ordenó destapar el bulto del suelo. Cuando uno de los hombres vestidos con batas hizo correr la manta, el anciano asintió y cerró los ojos. A continuación, la comitiva se retiró, despacio, con una misteriosa dulzura, igual que había llegado. Y el silencio se fue tras ellos, dejando la sala de paleontología convertida otra vez en una casa de comidas al caer el mediodía.

—¿Que quiénes son? —respondió el bizco Simón Fuentes, de *La voz de Castilla*—. ¿No conoces al viejo? Es otro de los grandes cien-

tíficos del país, idiota, el eximio Salomón Fo. Ella es su hija, Irene, una loca de atar, y el otro su criado, un vampiro que recogió en los Alpes. Al parecer, era muy amigo de Silva: es cierto que los dos son miembros de la Academia de Ciencias. ¿En serio no has oído hablar nunca de Fo? Sí, hombre, sí, ha hecho aportaciones al progreso de la humanidad mucho más sonadas que Edison, y además es español. En cierta ocasión ideó una máquina que podía hacerte soñar lo que tú desearas, y que había que colocar sobre la cabecera de la cama, como la figurita del Niño Jesús. Tuvo un gran éxito, imagínate. Lo malo es que el cacharro se estropeó y al final solo hacía soñar con una torre inmensa perdida en medio del desierto.

En el momento en que el hombre del bigote dio la reunión por concluida, el enjambre de periodistas se disgregó y la sala quedó desierta. Para que no restasen dudas sobre el final de la función, también los enfermeros se apresuraron a recoger los aparejos del escenario, retiraron el cuerpo en la camilla y tres operarios desmontaron el estrado. En cuanto al pterodáctilo, seguramente resultaba demasiado pesado para removerlo de su sueño y de momento se había decidido dejarlo varado en el suelo de mármol, con algunos de sus huesecillos rodando por los rincones. Como Elías Arce pudo comprobar con solo un vistazo, había estado asegurado a la bóveda del techo por un cable metálico que lo sujetaba a la altura de la tercera vértebra. En el techo, el cable se enroscaba a una roldana que servía para regular su altura y luego descendía hasta el muro derecho, donde un aro de bronce lo mantenía en tensión. Al pasar los dedos por el aro, Arce reparó en una sucesión de rayaduras y cortes, los mismos que suele causar una lima de herrería cuando frota la superficie de un barrote. Después de todo, tendría que encontrar un hueco para hablar detenidamente con aquel bedel enfermo.